

***La revuelta india***  
**Carlos Marx**  
**4 de septiembre de 1857**

(Tomado de C. Marx y F. Engels, *Acerca del colonialismo*, Editorial Progreso, Moscú, s/f, páginas 77-81. Escrito por C. Marx el 4 de agosto de 1857. Publicado en el *New-York Daily Tribune*, número 5119, del 16 de septiembre de 1857.)

*Londres, 4 de septiembre de 1857*

Las atrocidades cometidas por los cipayos sublevados en la India son verdaderamente horripilantes, espantosas e indescriptibles, de las que se pueden esperar únicamente en guerras insurreccionales, nacionales, raciales y, sobre todo, religiosas; en una palabra, atrocidades como las que la respetable Inglaterra solía aplaudir cuando las perpetraban los vandeanos<sup>1</sup> contra los “azules”, las guerrillas españolas contra los impíos franceses, los serbios contra sus vecinos alemanes y húngaros, los croatas contra los vieneses rebeldes, y la guardia móvil de Cavaignac o los decembristas<sup>2</sup> de Bonaparte contra los hijos y las hijas de la Francia proletaria. Por infame que sea la conducta de los cipayos, no es sino un reflejo concentrado de la conducta de Inglaterra en la India, y no sólo durante la época de la fundación de su imperio oriental, sino, incluso, durante los diez últimos años de su larga dominación. Para caracterizar esta dominación baste decir que la tortura constituía una institución orgánica de su política “fiscal”<sup>3</sup>. En la historia de la humanidad existe algo parecido a la retribución; y es regla de la retribución histórica que sus instrumentos estén forjados por los propios ofensores y no por los ofendidos.

El primer golpe que se asestó a la monarquía francesa procedía de la nobleza, y no de los campesinos. La revuelta india no la han comenzado los *ryots*, torturados, humillados y despojados por los británicos, sino los cipayos, vestidos, alimentados, cuidados, cebados mimados por ellos. Para encontrar paralelos de las atrocidades de los cipayos no necesitamos, como pretenden algunos periódicos londinenses, remontarnos a la Edad Media, ni siquiera salirnos de la historia de la Inglaterra contemporánea. No tenemos más que estudiar la primera guerra china, un acontecimiento de ayer<sup>4</sup>, por así decir. La soldadesca inglesa cometió entonces abominaciones por el mero gusto de cometerlas; sus pasiones no estaban ni santificadas por el fanatismo religioso, ni exacerbadas por el odio a una raza altiva y conquistadora, ni provocadas por la feroz

---

<sup>1</sup> Vandeanos: participantes en la sublevación realista durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia. Esta sublevación estalló en marzo de 1793 en el departamento de la Vandea. La masa principal de los sublevados estaba constituida por parte de los campesinos locales, instigados y dirigidos por el clero y la nobleza contrarrevolucionarios.

<sup>2</sup> Decembristas o Sociedad del 10 de Diciembre (denominada así en honor de la elección de Luis Bonaparte, patrocinador de la misma, presidente de la República Francesa, el 10 de diciembre de 1848): sociedad secreta bonapartista, fundada en 1849 y constituida principalmente por elementos desclasados, aventureros políticos, espadones y otros. Aunque formalmente fue disuelta en noviembre de 1850, en realidad, los elementos que la integraban siguieron haciendo propaganda bonapartista y participaron activamente en el golpe de estado del 2 de diciembre de 1851.

<sup>3</sup> El lector puede ver en estas mismas Edicions Internacionals Sedov: *Investigación de las torturas en la India*. EIS.

<sup>4</sup> Se alude a la primera guerra “del opio” (1839-1842), guerra expansionista de Inglaterra contra China que puso comienzo a la transformación de China en una semicolonía. El motivo de la guerra fue la destrucción en Cantón, llevada a cabo por las autoridades chinas, de las reservas de opio pertenecientes a mercaderes extranjeros. Los colonialistas ingleses aprovecharon la derrota de la atrasada China feudal y le impusieron el ladronesco Pacto de Nankín (29 de agosto de 1842) que estipulaba la apertura de cinco puertos chinos (Cantón, Amoy, Fucheu, Ning-po y Shanghái) para el comercio inglés, la libertad de alojamiento para los mercaderes extranjeros, el paso de la isla de Hong-Kong a “posesión perpetua” de Inglaterra, el pago de una contribución enorme a Inglaterra y la introducción de nuevas tarifas aduaneras ventajosas para los ingleses.

resistencia de un enemigo heroico. Mujeres violadas, niños espetados e incendios de aldeas enteras, crímenes que no registraron los mandarines, sino los propios oficiales británicos, se cometieron entonces simplemente para pasar el rato.

En la catástrofe presente sería asimismo un error imperdonable suponer que toda la crueldad está del lado de los cipayos, y toda la dulzura de la bondad humana, del lado de los ingleses. Las cartas de los oficiales británicos rezuman malignidad. Uno de ellos, que escribe desde Peixaver, describe el desarme del 10 Regimiento de Caballería Irregular por no haber querido dar una carga contra el 55 Regimiento de Infantería Indígena, como había sido la orden. Se regodea, contando que los hombres no fueron solamente desarmados, sino despojados de sus ropas y calzado, y, tras haber recibido doce peniques por barba, fueron conducidos a la orilla del Indo, montados en barcas y dejados llevar por la corriente, donde, según el autor de la carta espera con delicia, cada hijo de su madre tendrá ocasión de ahogarse en los rápidos. Otro nos informa que algunos habitantes de Peixaver provocaron una alarma nocturna, disparando petardos con motivo de una boda (es costumbre nacional), y a la mañana siguiente los culpables fueron atados y “apaleados de manera que no lo olvidarán fácilmente”. De Pindi ha llegado la noticia de que tres jefes indígenas estaban conspirando. Sir Juan Lawrence respondió a ello con un mensaje, mandando que asistiese un espía a las reuniones. Recibida la información del espía, sir Juan envió otro mensaje, mandando: “Colgadlos”. Los jefes fueron colgados. Un funcionario del servicio civil escribe desde Allahabad: “Tenemos poder de vida y muerte, y os aseguramos que no damos cuartel”. Otro escribe desde la misma ciudad: “No pasa un día sin que ahorquemos de diez a quince de ellos (no combatientes.)” Un oficial escribe, entusiasmado: “Holmes los cuelga gustoso por veintenas”. Otro, aludiendo a la ejecución por la horca, sin instrucción de causa ni juicio, de un numeroso grupo de indígenas, observa: “Entonces empezamos a divertirnos”. Otro más: “Celebramos nuestros consejos de guerra sin apearnos de los caballos, y a todos los negros que encontramos los colgamos o les pegamos un tiro”. De Benares nos informan que treinta *zemindares*<sup>5</sup> fueron ahorcados por la mera sospecha de simpatizar con sus compatriotas, y aldeas enteras fueron reducidas a cenizas por el mismo motivo. Un oficial de Benares, cuya carta se publica en *The London Times*, dice: “Las tropas europeas se endemonian cuando topan con indígenas”.

No se debe olvidar que, mientras las crueldades de los ingleses se relatan como actos de valor marcial, contados simple y brevemente, sin ahondar en desagradables pormenores, las atrocidades de los indígenas, aunque son espantosas, las exageran aún deliberadamente. Por ejemplo, ¿quién es el autor de la circunstanciada descripción, aparecida primero en *The Times* y luego en toda la prensa londinense, acerca de las atrocidades perpetradas en Delhi y Meerut? Un pusilánime pastor, residente en Bangalore, en el Maisur, a más de mil millas, a vuelo de pájaro, del lugar de acción. Las informaciones auténticas de Delhi evidencian que la imaginación de un pastor inglés es capaz de engendrar mayores horrores que la salvaje fantasía de un hindú amotinado. El corte de narices, pechos, etc., en una palabra, las horribles mutilaciones cometidas por los cipayos, excitan más, naturalmente, los sentimientos de los europeos que el cañoneo de Cantón, con balas incandescentes, mandado por el Secretario de la Sociedad de la Paz de Manchester<sup>6</sup>, o la quema de árabes encerrados por un mariscal francés<sup>7</sup> en una gruta, o

---

<sup>5</sup> Ver en estas mismas Ediciones Internacionales Sedov, nota 1 a [La India](#).

<sup>6</sup> Boering. La Sociedad de la Paz: organización pacifista burguesa, fundada en 1816 en Londres por la secta religiosa de los cuáqueros. Fue apoyada activamente por los librecambistas, quienes opinaban que Inglaterra, en condiciones de paz, podría, mediante la libertad de comercio, aprovechar de manera más completa su superioridad industrial y lograr la dominación económica y política.

<sup>7</sup> Durante el aplastamiento de la sublevación de Argelia en 1845, el general Pélissier, posteriormente mariscal de Francia, ordenó asfixiar con el humo de hogueras a mil árabes sublevados que se ocultaban en grutas montañosas.

la desolladura de soldados británicos vivos con disciplinas de nueve ramales por sentencia de los consejos de guerra, o cualesquiera otros procedimientos filantrópicos en usanza en las colonias penitenciarias británicas. La crueldad, como cualquier otra cosa, tiene también su moda, que cambia según el tiempo y el lugar. César, hombre culto, narra cándidamente que ordenó cortar la mano derecha a muchos miles de guerreros galos<sup>8</sup>. A Napoleón le hubiera dado vergüenza hacerlo.

Habría preferido enviar a sus propios regimientos franceses, sospechosos de republicanismo, a Santo Domingo para que muriesen allí por mano de los negros o atacados por una epidemia.

Las infames mutilaciones cometidas por los cipayos recuerdan una de las prácticas del imperio bizantino cristiano, o las prescripciones de la ley criminal del emperador Carlos V, o los castigos ingleses por delitos de alta traición, como los describía aún el juez Blackstone<sup>9</sup>. A los hindúes, que su religión ha hecho virtuosos en el arte de torturarse ellos mismos, estas torturas, infligidas a enemigos de su raza y sus creencias, les parecen completamente naturales, y les deben parecer aún más naturales a los ingleses que, hace sólo unos años, aún obtenían ingresos de las fiestas de Jaggernat, dando protección y asistencia a los ritos sangrientos de una religión de crueldad.

Los rugidos frenéticos del “viejo y sanguinario *Times*”, como solía llamarlo Cobbett, el papel de personaje furioso de una ópera de Mozart que este órgano de prensa quiere interpretar, personaje que, con los acentos más melodiosos, disfruta pensando cómo ahorcará primero a su enemigo, lo tostará luego, lo descuartizará a continuación, lo espetará después y, finalmente, lo desollará vivo<sup>10</sup>, esta constante pasión de venganza que lleva al *Times* al último grado del frenesí no parecería más que necia si no se percibieran distintamente notas de comedia tras el patetismo trágico. *The London Times* exagera la nota, y no sólo por pánico. Proporciona a la comedia un argumento que se le escapó hasta a Moliere: el Tartufo de la venganza. Lo que quiere, simplemente, es ensalzar los fondos públicos y poner a cubierto al gobierno. Como Delhi no ha caído, igual que los muros de Jericó<sup>11</sup>; al soplo del viento, John Bull debe quedar aturdido por los gritos de venganza para hacerle olvidar que su gobierno lleva la responsabilidad por las calamidades sobrevenidas colosales que les ha permitido alcanzar.

Edicions Internacionals Sedov  
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>8</sup> Se alude a la obra de Julio César *Commentarii de bello Gallico* (Notas de la guerra de las Galias). El hecho aquí narrado está en el libro 8, escrito por el exlegado de César y amigo suyo A. Hircio, que continuó sus notas de la guerra de las Galias.

<sup>9</sup> Marx se refiere al código penal de Carlos V. (*Constitutio criminalis Carolina*), aprobado por el Reichstag alemán en Ratisbona en 1532; este código se distinguió por la suma crueldad de los castigos, W. Blackstone. *Commentaries on the Laws of England*. Vol. I-IV (Comentarios de las leyes de Inglaterra) La primera edición apareció en Londres de 1765 a 1769.

<sup>10</sup> Mozart, ópera *El secuestro del serrallo*, acto tercero, escena VI, aria de Osmin.

<sup>11</sup> Jericó: Según la leyenda bíblica, durante el asedio de la ciudad de Jericó por las tropas israelitas del caudillo Josué, las inexpugnables murallas de la fortaleza se derrumbaron al son de las trompetas sagradas.